

IL^{mo} FERNANDEZ-PASTORAL

26.

Leg 11 jacket 22
triplicado

883

p. 26

U/Bc LEG 11-2 n°883



1>0 0 0 0 4 7 1 4 4 0

UVA. BHSC. LEG.11-2 n°0883

HICA

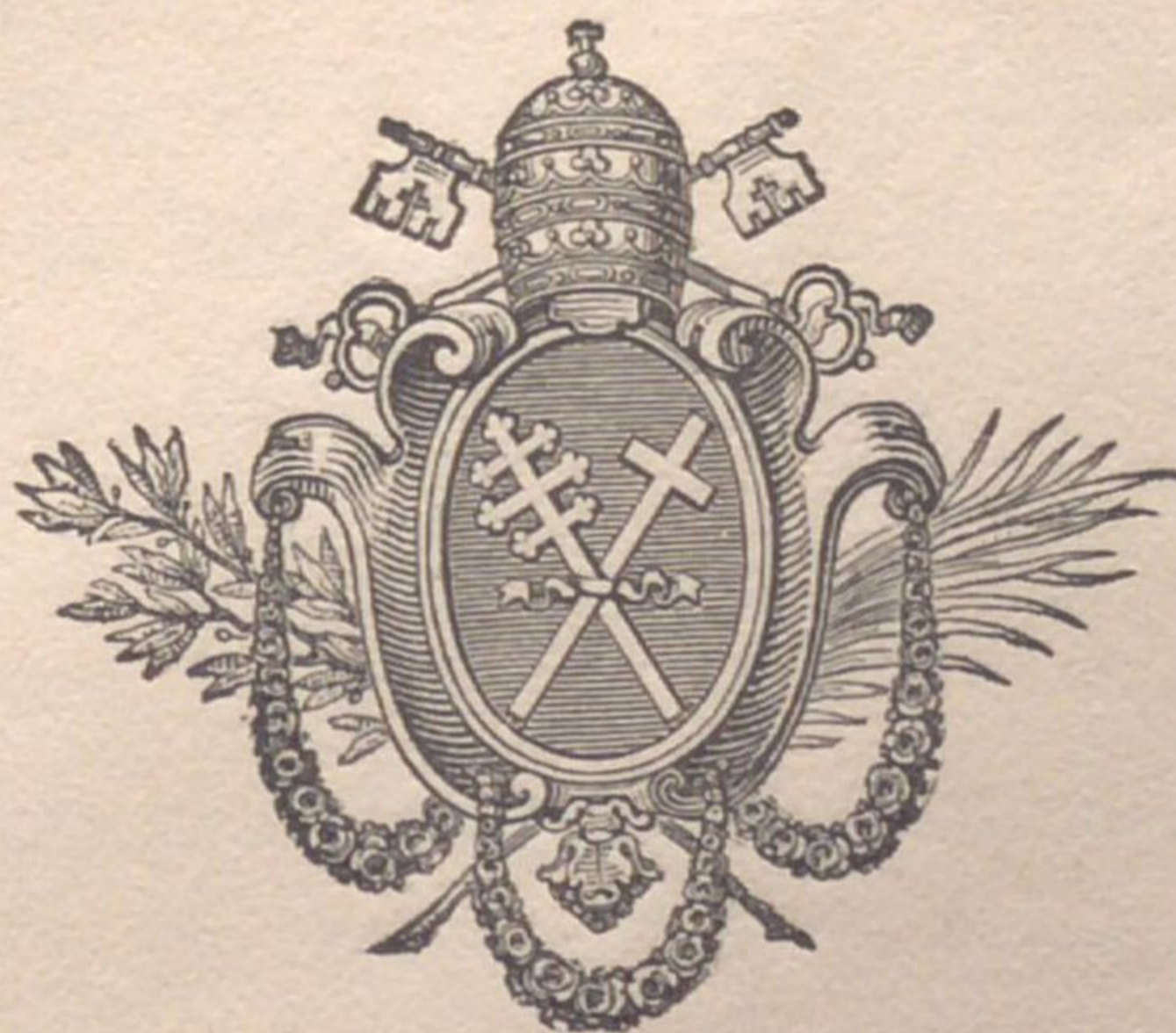
PASTORAL

DEL

ILMO. SR. D. GERONIMO FERNANDEZ,

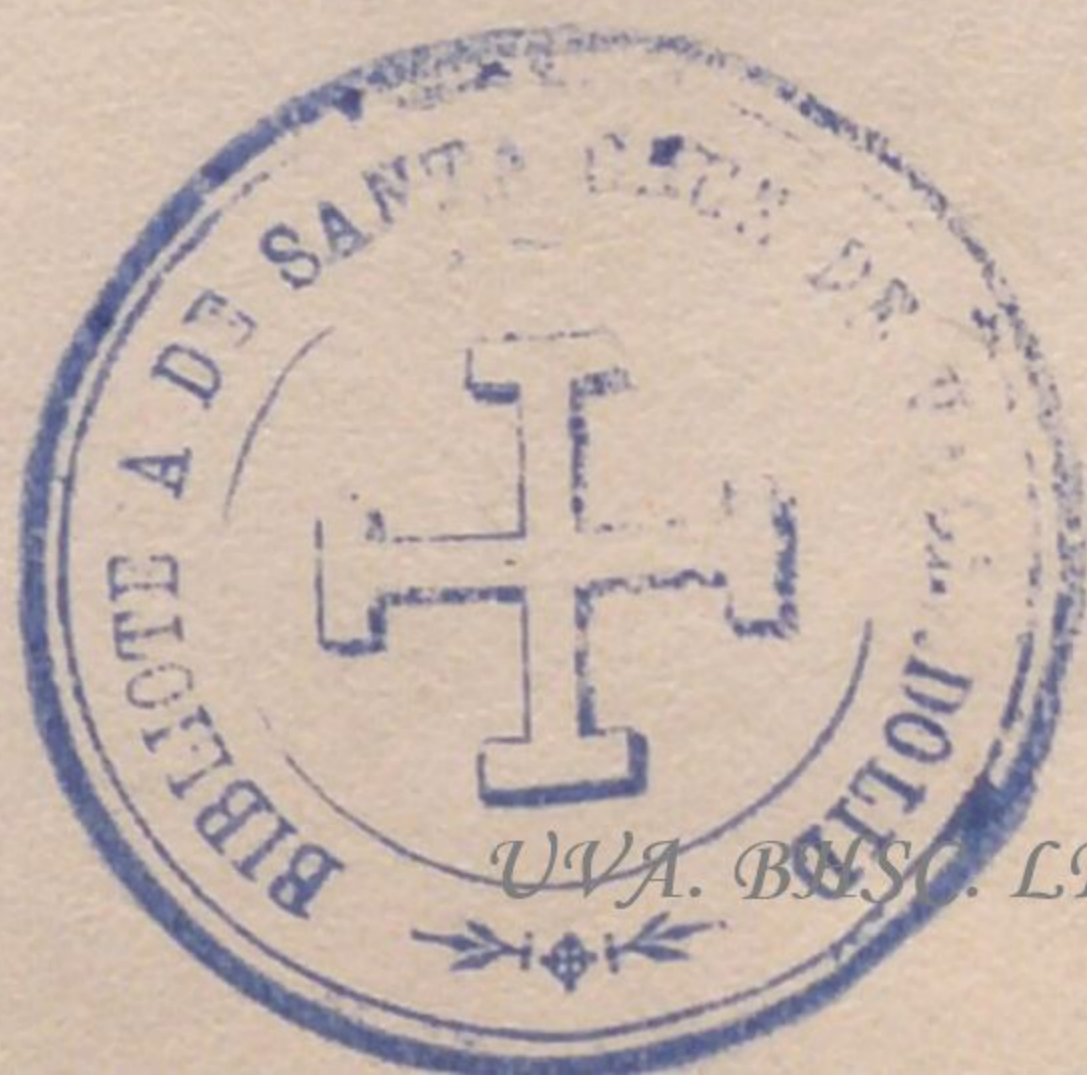
OBISPO DE PALENCIA,

al Clero y Pueblo de su Diócesis.



VALLADOLID — 1854.

IMPRESA DE D. JUAN DE LA CUESTA Y COMPAÑIA.




UVA. BSSC. LEG. 11-2 n°0883

*Pietas autem ad omnia utilis est, promissionem
habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.*

Apostolus in 1.^a ad Timotheum cap. 4, v. 8.

NOS EL DR. D. GERÓNIMO FERNANDEZ,
por la gracia de Dios y de la Santa
Sede Apostólica, Obispo de Palen-
cia, Conde de Pernía, etc. etc.

*A nuestros venerables hermanos el Dean y Cabildo de nuestra
santa Iglesia Catedral, á los Arciprestes, Párrocos, Ecónomos
y demas individuos del Clero, y á todos los fieles de nuestra
amada Diócesis, salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.*

lamados por la divina Providencia á ocupar
entre vosotros la Silla Episcopal, ilustrada y enno-
blecida en todos tiempos por la piedad y la sana
doctrina de tantos y tan esclarecidos Prelados, la
idea del sublime y delicado ministerio que hemos
aceptado, de los grandes y apremiantes deberes que
lleva consigo, y de las dificultades que es preciso
vencer para su exacto cumplimiento en los dias ma-
los en que vivimos, desalienta nuestro espíritu re-
presentándonos vivamente la pequeñez de nuestras
fuerzas para llevar una carga tan pesada. Angustiosa
ha sido la situacion de nuestro corazon al renun-

ciar las dulzuras de la vida privada para engolfarnos en los inmensos cuidados inseparables del gobierno de una Diócesis, en el que á cada paso tendremos que luchar con los obstáculos de todos géneros que el enemigo comun suscita para impedir la santificacion de las almas, siendo responsables á Dios de las encomendadas á nuestra pastoral solicitud. Mas al fin, nos hemos decidido á hacer esta renuncia, y contraer los estrechos vínculos que nos unen con vosotros, y los graves y solemnes empeños que nos impone el sagrado carácter de nuestra consagracion, confiando en los poderosos auxilios del Padre de las luces, dador de todo bien perfecto (*Epístola de Santiago, cap. 1, v. 17*), y esperando de su divina bondad que confortará nuestra flaqueza, y nos regirá con su paternal mano para que podamos desempeñar dignamente las altas funciones de la mision que nos ha confiado en sus inescrutables designios.

Penetrados de estos sentimientos inspirados por su divina gracia, nos proponemos, hermanos nuestros é hijos carísimos, no omitir medio alguno para corresponder á nuestra vocacion, secundar los santos deseos del Pastor universal, mostrarnos reconocidos á las bondades de nuestra Augusta Soberana, promover el bien de nuestra querida grey, y satisfacer

en cuanto nos sea posible las necesidades actuales del pueblo cristiano.

La sociedad tiene necesidad, hoy mas que nunca, del saludable influjo del sacerdocio cristiano para neutralizar los funestos elementos de perturbacion y desórden que, cual maligna cizaña, crecen en el hermoso suelo de nuestra Pátria desde que algunos de sus hijos, abandonando las tradiciones religiosas de nuestros mayores, y rebeldes á la enseñanza divina de la Iglesia, han prestado oídos á maestros insidiosos, que en sus falaces sistemas les propinan perniciosos errores, que halagando las mas peligrosas pasiones del corazon humano, les hacen mirar con horror el yugo del deber, y les pintan como odiosa la subordinacion á las potestades legítimas establecidas por Dios para mantener la armonía del mundo, asi en el órden religioso y moral, como en el civil y político.

Hacer frente á estos falsos doctores y combatir sus disolventes máximas es un deber del sacerdote cristiano, y muy especial de un Prelado de la Iglesia, colocado en medio de los pueblos, no solo para ser mediador entre Dios y los hombres, y ofrecer todos los dias por sus pecados la víctima de espacion, sinó tambien para ser la luz del mundo, enseñando á los mortales el camino de la virtud,

(*S. Mateo cap. 5, v. 14*) la sal de la tierra, (*v. 13*) impidiendo con su celo que la corrupcion del vicio inficione las costumbres públicas, el obrero celoso encargado en cultivar la viña del Padre de familias, y fertilizarla con el rocío del cielo, y para decirlo de una vez, el apóstol del Hombre Dios, que en el curso de su vida mortal dejó impresas en todos sus pasos las huellas de su beneficencia, *pertransiit benefaciendo* (*Hechos apost. cap. 10, v. 38*); y que al despedirse de sus amados discípulos para subir á los Cielos, les mandó enseñar al mundo las verdades de salud y santificarlo con su gracia (*S. Mateo cap. 28, v. 29*), á fin de formar de todos los pueblos, separados por tantas distancias y divididos por tantos falsos cultos é intereses encontrados, un solo pueblo santo y aceptable á sus ojos, una gran familia formada por la caridad, unida entre sí con los dulces sentimientos de la fraternidad bajo la fé en un solo Dios y en un Salvador comun, explicada por el magisterio infalible de la sola verdadera Iglesia. La mision de esta tierna madre no es otra que continuar la obra de su divino fundador, estendiendo á todas las gentes los beneficios de la redencion, para que libres de la dura servidumbre del pecado, recobren aquella rectitud en que el hombre fué criado, y vivan entre sí en una feliz concordia.

El hombre habia salido recto de las manos de su Hacedor, lleno de luces y sabiduría, dueño de sus pasiones, con perfecto acuerdo en todas sus potencias y en la gracia y amistad de Dios. Rey de la creacion y sacerdote del universo, era como el órgano de todas las criaturas para alabar y bendecir al Señor comun; y el mantenimiento de este feliz estado, preludio de las delicias del Cielo, solo pendia de su fidelidad en una ligera prueba, de un sacrificio pequeño de su libertad que le exigió el Altísimo en reconocimiento de su soberanía. Desgraciadamente sucumbió en esta prueba, se negó á hacer este sacrificio, y, sugerido por el ángel apóstata, se hizo cómplice de su rebelion contra el Altísimo, perdiendo por su desobediencia todos los privilegios de la justicia original, y atrayendo sobre sí un diluvio de males y calamidades extensivas á toda su posteridad.

Entónces fué cuando sublevándose contra la razon todas las pasiones, comenzó la lucha encarnizada entre la carne y el espíritu, origen de tantos crímenes que han manchado los anales de la humanidad; y propagándose el imperio del vicio y la ciencia del mal á medida que los hombres se iban multiplicando sobre la tierra, las tinieblas del error fueron apagando las luces que el hombre habia recibido en la

creacion , hasta hacerle olvidar á su Criador y desconocer su propia dignidad y excelencia.

Verdad es que aún conservaba algun recuerdo confuso de su grandeza , que aún sentia latir en su corazon el deseo de su perfeccion y felicidad; pero habiendo perdido de vista la brújula de la revelacion, y estando separado del centro de todo bien, no encontraba los medios de rehabilitarse, ni hallaba mas que tristes desengaños en todos los caminos por donde buscaba con infatigable ardor la paz y el contento de su corazon. ¿ Encontraron acaso su felicidad los individuos en los goces de los sentidos y en los bienes de la tierra? Halláronla los pueblos en todos esos elementos de grandeza que constituyen lo que se llama civilizacion y progreso? No, amados hijos nuestros. Por mas que los prudentes del siglo coloquen en esto su felicidad y ventura, la historia nos enseña que es muy verdadera aquella gran máxima del real Profeta, « que solo pueden ser felices los pueblos que viven sometidos al suave dominio del Señor. » *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt: beatus populus cujus Dominus Deus est.* (Salmo 145, v. 18).

¿ Acertaron los filósofos despues de tantas investigaciones y trabajos con los medios de calmar la fiebre ardorosa del corazon, y con las medicinas efi-

caces para curar las dolencias del espíritu humano? Tampoco. Ellos mismos no hallaron en sus penosas tareas mas que la aflicción de espíritu, que es la prueba decisiva de la imperfección y vanidad del saber humano, como decia el sábio por excelencia. La misma filosofía reconoció la impotencia de sus doctrinas por sus dos órganos mas acreditados, por los dos mayores géneos del paganismo, cuales fueron sin disputa Sócrates y Platon, los cuales presintieron ó tal vez conocieron por las tradiciones sagradas del pueblo escogido, la necesidad de una enseñanza superior y divina.

En efecto, amados hermanos é hijos nuestros, esta era una empresa reservada al Hombre Dios, al Libertador anunciado desde el principio de los siglos, al Unigénito del Padre, encarnado en el seno de una Virgen para comunicar á los hombres los raudales de la verdad y de la gracia que poseía en toda su plenitud (*S. Juan en su Evang. cap. 1.º, vv. 14 y 16*). ¡Qué cambio tan venturoso se obró entónces en la sociedad! La Religion verdadera, que habia estado circunscripta á un solo pueblo, recibió todo su desarrollo y perfección; y explicada por la viva voz del Divino Maestro y de sus discípulos se estendió rápidamente por el universo, triunfando de todos los errores y de todos los vicios, de

todas las pasiones y de todos los poderes de la tierra y del infierno. Los pueblos y los Césares, el vulgo rudo y los hombres de letras tuvieron que rendir su cerviz al Evangelio, subyugados por la luz de la verdad que el Sol de justicia habia esparcido sobre la tierra. Ella les hizo ver las extravagancias del politeismo y la corrupcion de las costumbres paganas, los vicios de las instituciones sociales y los errores de las teorías filosóficas: les dió ideas exactas acerca del Ser Supremo, del hombre y del universo: enseñóles su origen, su dignidad y sus gloriosos destinos: intimóles todos los deberes que tiene que cumplir el hombre en su peregrinacion sobre la tierra para alcanzar la felicidad temporal y eterna; deberes fundados sobre la base sólida del amor de Dios, y sancionados por su autoridad suprema.

En esta luminosa doctrina aprendió el hombre, que no habia nacido para ser esclavo de ningun objeto criado, por halagüeño que se le presente; que no debia dejarse subyugar por las inclinaciones de la carne, ni ser idólatra de sí mismo; sinó que debia someterse por entero á la ley de Dios, fuente de toda justicia: que le era forzoso sostener una constante lucha contra sus enemigos espirituales en el teatro del mundo y en su propio corazon, para vivir en paz con Dios, consigo mismo y sus semejantes: que

que para vencer en esta lucha debia velar sobre sí mismo , y orar sin intermision á fin de alcanzar los auxilios de la divina gracia, sin los que nada podemos en el órden sobrenatural. Abrase el Evangelio , y en todas sus páginas se descubrirán los rasgos de la infinita sabiduría de su autor , y se hallarán lecciones interesantes de Moral , que en vano se buscarían en las producciones mas famosas del espíritu humano. Sobre todo, en el Sermon del Monte, (*S. Mateo , caps. 5, 6 y 7*), justamente considerado como un compendio de la Moral evangélica, y que nunca será bastantemente admirado, es donde resplandece la excelencia de la doctrina de Jesucristo y la perfeccion de la Ley de gracia.

En él, nuestro amabilísimo Jesus, se dignó enseñarnos en dónde está la felicidad por la que tanto suspiramos ; corrigió los falsos juicios del mundo acerca de este interesante objeto ; rectificó las ideas, no solo de los paganos, sinó tambien de los judíos, los cuales, aunque iluminados por la celestial antorcha de la revelacion, habian desfigurado con torcidas interpretaciones la moral del Decálogo; y enseñó á los hombres la verdadera virtud y el modo de llenar dignamente todos sus deberes.

En las ocho Bienaventuranzas nos representa la gloria eterna, único bien capaz de satisfacer los in-

mentos deseos de nuestro corazon, bajo las brillantes imágenes de un reino celestial, de una tierra de promision, de un consuelo completo, de una hartura colmada, de una misericordia superabundante, de una vision clara de Dios, de una adopcion completa. Nos enseña que, para conseguir una dicha tan inestimable, no debemos correr en busca de las riquezas terrenas, de los fantasmas de la grandeza humana, de los encantadores placeres de los sentidos, y de cuanto los hombres carnales en sus sueños é ilusiones se representan como el bello ideal de la vida humana; pues por el contrario, proclama felices á los pobres de espíritu, á los mansos y humildes de corazon, á los que lloran sus pecados y lamentan las miserias de su peregrinacion, á los hombres de corazon limpio y voluntad recta, á los amadores de la paz, á los que tienen hambre y sed de la justicia, y que por ella sufren gustosos las persecuciones del mundo. ¡Qué ideas éstas tan contrarias á las que estaban en boga entre los hombres! Pero ¡cuán profundo y verdadero sentido encierran todas ellas!

Desenvolviéndolas el divino Maestro, nos declara que la verdadera virtud no se funda en el deseo de agradar á los hombres y de granjearse sus aplausos, sinó en el deseo de agradar á Dios y cumplir su voluntad santísima. Por eso nos añade, que si nuestra

justicia no fuese mas perfecta que la de los fariseos, la cual era toda exterior, y alimentada de la vanagloria, no entraremos en el reino de Dios. Para enseñarnos en qué consiste la justicia cristiana, nos dice terminantemente que no ha venido á quitar la ley sinó á cumplirla y perfeccionarla; y así nos intima de nuevo el Decálogo, purificándole de las falsas exposiciones con que le habian adulterado los escribas y fariseos, y proponiéndonos nuevos y mas eficaces motivos para su exacta observancia.

Habeis oido, nos dice, que se dijo á los antiguos: no matarás, y el que matáre será reo de juicio: pues sabed que no me contento con ésto; y así os digo que el que se dejáre arrebatarse de cólera contra su hermano, el que profiriese palabras injuriosas contra él y le ultrajase con ademanes insolentes, reo será en el tribunal divino: *ego autem dico vobis.....* (*S. Mateo cap. 5, v. 22*).

Habeis oido que se dijo á los antiguos: amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo; mas yo os digo que ésta es una interpretacion maliciosa de la ley de Dios; y os ordeno amar á vuestros enemigos, hacer bien á los que os hacen mal, y orar por los que os persiguen y calumnian (*v. 44, del mismo*). Y para que comprendais toda la importancia de este precepto, sin cuya fiel observancia, en vano os apellidareis mis dis-

cíbulos, os encargo que, si en el acto mismo de hacer vuestra ofrenda en el altar, os acordáreis que habeis dado algun motivo de queja á vuestro hermano, dejéis allí la ofrenda, y vayais á reconciliaros con él, para que luego podais presentar al Señor, con un corazon puro, los dones de vuestro reconocimiento: *ego autem dico vobis....* (*S. Mateo cap. 5, v. 24*).

Se os ha dicho, que era lícito pedir contra vuestros enemigos la ley del Talion, reclamando ojo por ojo, diente por diente, etc.; mas yo os digo que alejéis de vuestro corazon todo espíritu de venganza, y que opongais á la ferocidad de vuestros enemigos la paciencia y mansedumbre: *ego autem dico vobis....* (*v. 39*).

Habeis oido que se dijo á los antiguos: no adulterarás. Mas fuera un error grosero creer que con esto habeis cumplido la ley: pues yo os declaro que toda deshonestidad, hasta de pensamiento, se prohíbe por aquella; y asi el que mirase á la mujer ajena con ojos impuros, ya ha adulterado con ella en su corazon.

Ved aquí, amados hijos nuestros, cuán profundo conocimiento del corazon humano encierran estos preceptos evangélicos dirigidos á cortar de raiz topos esos pecados que nacen de las dos mas impetuosas pasiones, la ira y la lujuria, cuyos horribles es-

tragos no pueden considerarse sin espanto. La ley evangélica, expresión la más perfecta de la santidad del Altísimo, no se contenta con prohibir los pecados externos que perturban el orden público; sino que condena severa hasta los malos pensamientos y deseos, aspirando principalmente á santificar nuestras almas para que brille en ellas con todo esplendor la imagen del Criador.

Y quién no admirará las otras máximas que sigue enseñando el Salvador en este incomparable discurso sobre la confianza sin límites que debemos tener en la providencia amorosa de Dios, que viste los lirios del campo y dá de comer á las avecillas del cielo, condenando esa solicitud afanosa de atesorar riquezas, manantial de tantas injusticias y violaciones de la caridad; sobre la necesidad y condiciones de la oración para que sea eficaz y nos atraiga las gracias y bendiciones celestiales; sobre los juicios temerarios con que deprimimos á nuestros hermanos y los despreciamos inicuamente; sobre el aprecio y discernimiento que debemos hacer de las cosas santas, absteniéndonos de la profanación de los divinos misterios y sacramentos, preciosas margaritas que no deben arrojarse á los puercos; sobre la necesidad de producir frutos abundantes de virtud y perseverar en ellos hasta el fin; y para recopilarlo todo

en una sola máxima, sobre la necesidad que tenemos de ser perfectos á imitacion de nuestro padre celestial.

No es extraño que las turbas sencillas que oyeron con ánimo candoroso este gran discurso, quedasen pasmadas así de la sabiduría de Jesucristo, como de la divina autoridad que se traslucía en sus palabras. ¡Oh! Si las leyesen de buena fé y las meditasen con atencion los enemigos del cristianismo, no podrian menos de reconocer la divinidad del Evangelio, y rendirle el homenaje que en un momento de calma le tributó uno de los corifeos de la incredulidad, el tristemente célebre Juan Jacobo Rousseau. Y á la verdad, ¿qué pensador reflexivo no conocerá la inmensa distancia que hay entre la doctrina de este libro divino y las mas famosas producciones del saber humano? En cuántos errores no incurrieron los Solones y los Licurgos, los Cicerones y los Sénecas, todos esos filósofos y legisladores tan justamente apreciados por la elevacion de su ingenio? Cuántas verdades ignoraron sobre Religion y Moral, que conocen los menos instruidos entre nosotros, merced á la enseñanza divina de la Iglesia? No ignoramos que aquellos sábios alcanzaron con las luces de la razon algunos conocimientos importantes, que fijaron con exactitud algunos deberes morales,

y consignaron en sus escritos bellas máximas; pero tambien es cierto que jamás formaron un sistema completo y coherente, que nunca llegaron á ponerse de acuerdo sobre los puntos mas importantes para la direccion de la vida humana.

Mas en el Evangelio por el contrario, todos los deberes se fijan con exactitud, se armonizan entre sí, se establecen sobre sólidas bases, y se exponen de una manera tan clara é insinuante, que su simple enunciacion convence el entendimiento y afecta dulcemente el corazon. Y ¿qué vacío se ha podido hallar en este divino código por los mas prevenidos y suspicaces enemigos del cristianismo? ¿Se desean reglas de justicia y equidad? Pues allí se proscriben con rigor todos los atentados contra los derechos de nuestros semejantes. ¿Se quiéren máximas de humanidad y beneficencia? Pues todo él no respira sinó ese espíritu de caridad que, segun dijo el Salvador, habia de ser el distintivo de sus discípulos. ¿Se buscan principios sociales de buen gobierno? Pues en él están consagrados todos los que sirven de base al buen arreglo de la familia, y á la sábia constitucion de los imperios. En él se sancionan todos los derechos y deberes que son otros tantos lazos que unen al esposo con la esposa, á los padres con los dulces pedazos de sus entrañas, á los gobernantes con los gobernados, á los ciudadanos entre sí y con la pátria

comun. En él se santifica la obediencia, se ennoblece y legitima el poder considerado como una emanacion del Cielo: se condenan los abusos de la autoridad y los excesos de la licencia; se proclaman la dignidad del hombre y la fraternidad de todos los individuos de la especie humana, sin perjuicio de las categorías que exige la gerarquía social. En sus infalibles máximas se funda la verdadera civilizacion, en la que tanto aventajan los pueblos cristianos á los paganos, asi como los héroes del Evangelio obscurecen y anonadan á los decantados héroes que produjo la filosofía. Las virtudes de estos últimos siempre adolecen de alguna falta: fácilmente se descubren en ellas los motivos humanos de que procedian, el amor de la celebridad y otras miras terrenas; al paso que las virtudes de los santos, inspiradas por la caridad, reflejan toda la hermosura y perfeccion de este don precioso del Cielo. La filosofía pagana apenas pudo formar un sábio que llenase el bello ideal que se habia formado, al paso que el Evangelio ha poblado el mundo de modelos perfectos de virtud, de hombres celestiales en sus afectos y conducta, que podian decir con el Apóstol á los que no conocian las ventajas del cristianismo. Nos habeis creido pobres y desprovistos de todo, *nihil habentes*; pero tened entendido que en la gracia y virtud de

Dios poseemos todas las cosas: *et omnia possidentes* (*Epístola 2.^a de S. Pablo á los Corintios, cap. 6, v. 10*). Nos contemplais sumidos en la tristeza porque no brilla en nosotros la insensata jovialidad de los mundanos, *tanquam tristes*; pero tened entendido que en nuestro corazon rebosa el verdadero gozo y la paz de Jesucristo, *semper autem gaudentes*. Nos reputais por muertos, porque no tomamos parte en las empresas de vuestra vanidad, *tanquam morientes*; mas debeis saber que vivimos la verdadera vida, la vida del espíritu y de la gracia, escondida á los ojos carnales, pero preciosa á los ojos de Dios y prenda gloriosa de la inmortalidad del cielo, *et ecce vivimus* (v. 9).

Tales fueron, amados hijos, los primeros fieles, aquellos cristianos dichosos que recibieron las primicias del Espíritu, y tanto acreditaron el Evangelio con la santidad de sus costumbres. Y aunque despues de aquellos siglos venturosos se haya entibiado mucho el fervor de los cristianos, y hayamos degenerado, por decirlo así, del carácter de nuestros padres; sin embargo, aún en las épocas de mas corrupcion el cristianismo ha producido en todos los estados y condiciones una multitud innumerable de personajes ilustres por su santidad, y preservado á la sociedad con su poderoso influjo de

la grosera corrupcion que se observa con disgusto en la historia de los pueblos paganos.

¡Cuán doloroso es que haya algunos hombres en nuestros dias que se precian de sábios y de filósofos, y desconocen sin embargo los beneficios inmensos que esta Religion divina ha hecho á la sociedad! Cuán sensible es que algunos hombres, educados en el regazo de la Iglesia, se hayan dejado seducir del orgullo hasta el punto de negar la obediencia á tan tierna madre y afiliarse en las banderas de la incredulidad, adoptando los sistemas mas extravagantes y monstruosos, las teorías mas descabelladas, las doctrinas mas tenebrosas y absurdas, hasta caer en el ateismo, panteísmo y epicurismo, incompatibles con toda religion y subversivos del órden moral! Estos falsos sábios desconocen los límites de la inteligencia humana, son idólatras de su propia razon; y por eso consideran como depresiva de la dignidad del hombre la autoridad que el divino Fundador de la Iglesia dió á los apóstoles y á sus legítimos sucesores, hasta la consumacion de los siglos, para enseñar el Evangelio á todos los hombres, y guiarles por la senda recta de la virtud á la eterna bienaventuranza.

No es nuevo, á la verdad, este ataque dado por sus enemigos al alcázar de la nueva Sion. Desde su misma cuna la Iglesia está acostumbrada á ver suble-

vase contra sus doctrinas la falsa ciencia del siglo, y rebelarse contra su autoridad las pasiones desarregladas. En todos tiempos ha tenido adversarios que bajo diversas formas, y con mas ó menos audacia le han disputado sus títulos de Maestra y Directora de los pueblos; todos ellos han manifestado las mismas pretensiones de independencia; se han dejado ver animados de ese espíritu de soberbia, que es el distintivo de los secuaces de Satanás y precursores del Antecristo. Sus conatos se han dirigido á disolver el cuerpo místico de Jesucristo, á emancipar la razon de la fé al hombre de Dios, al individuo de la sociedad.

A esto tienden todas las doctrinas anticatólicas; á esto aspiran, no lo dudeis, los que há mas de tres siglos que trabajan con tenacidad por destruir la verdadera Iglesia, para fundir la sociedad en el molde de sus teorías insensatas. Ellos han causado espantosos sacudimientos y convulsiones en los pueblos, han roto los lazos de fraternidad que los unia bajo la paternal autoridad de los Sumos Pontífices, introducido la anarquía en las ideas religiosas, y propagado ese espíritu de revolucion que á veces parece precursor de la disolucion social.

Tiempo es ya que, aleccionados por la experiencia, los gobiernos y los pueblos conozcan dónde está el peligro para la sociedad: que comparen el catoli-

cismo con todas las sectas y sistemas puestos bajo el aspecto que presenta su diverso influjo en el bienestar de los pueblos y de los individuos: que juzguen de la bondad ó malicia de las doctrinas por los frutos buenos ó malos que producen, segun el aviso que nos dá nuestro divino Maestro (*S. Mateo cap. 7, v. 16*); y en este exámen, concienzudo é imparcial, reconocerán como una verdad inconcusa la necesidad de que, combatidos los errores que hoy se emiten con descaro y arrogancia, vuelvan á proclamarse por los individuos y los pueblos todos con el respeto que se merecen, las saludables doctrinas de la Iglesia. Ya en los países mas avanzados en las vias del error, los estadistas mas célebres han reconocido que el dique mas firme para contener el desbordamiento de las pasiones que agitan especialmente á las ínfimas clases de la sociedad, se encuentra en las doctrinas eminentemente sociales del Evangelio.

Nos lo reconocemos tambien, y al trabajar en beneficio de vuestras almas, dispensándoles los misterios divinos, y alimentándolas con el pan de la divina palabra, nos proponemos asimismo hacer un servicio á la sociedad, cooperando á mantener el órden público. Pero por ardientes que sean los conatos de nuestra pastoral solicitud, no producirán el fruto apetecido si el Señor no los bendice, mantiene y fomen-

ta con su divina gracia ; y si ademas los Sacerdotes, nuestros legítimos cooperadores en el santo ministerio, no los secundan con celo y con teson. Con instancias pedimos al Padre de las luces que nos las comuniqué con abundancia para realizar nuestros votos y llenar la medida de nuestros deberes ; y nos alienta la esperanza de que ninguno que recurre á él con humildad y confianza, deja de ser oído y favorablemente despachado.

Aliéntanos tambien el justo y bien merecido concepto que tenemos de la virtud, ilustracion y celo del venerable Cabildo y demas individuos del Clero que vamos á presidir. Os suponemos, hermanos carísimos, bien convencidos de la imperiosa necesidad que tenemos de reunir nuestros esfuerzos para alcanzar estos importantes fines. No desconoceis que los actuales enemigos de la Iglesia se valen para pervertir á los pueblos de todos los medios de publicidad que los adelantos del siglo les ofrecen. Por un abuso muy deplorable la prensa, que debia ser el órgano de la verdad y el vehículo de las sanas doctrinas, viene á ser con frecuencia en manos de hombres audaces un instrumento del error y un arma contra la piedad. Nada ciertamente es mas peligroso á la fé y á las sanas costumbres que la lectura de esos libros abominables, proscritos y anatematizados por la Iglesia, en cuyas sacri-

legas páginas se impugnan los dogmas sagrados de nuestra santa Religion, se ridiculizan sus augustos misterios, se desprecia á los Pastores de la Iglesia, se escarnece la virtud, y aún se estampan blasfemias execrables contra el Señor, la santísima Vírgen y los Santos. No ignorais los gravísimos males que estos libros pueden producir, señaladamente en las almas sencillas, en los jóvenes incautos que no tienen la competente instruccion en la ciencia de la Religion para conocer la falsedad de las doctrinas opuestas, y que hallándose además en la peligrosa edad de las pasiones, estan muy expuestos á dejarse alucinar por los sofismas de la impiedad. La experiencia de todos los siglos viene en apoyo de esta verdad, y esta es la razon de la severidad con que la Iglesia, á pesar de su lenidad característica, ha prohibido la lectura de dichos libros. Procurad, pues, exhortar oportuna é importunamente á los fieles que se abstengan de tan perniciosa lectura, y se aparten con cuidado de aquellos hombres que, en el exceso de su corrupcion y contumacia, han llegado á decir á Dios con el impío retratado por el Santo Job (*cap. 21, v. 14*): *apártate de nosotros, que no queremos la ciencia de tus caminos.*

No creemos que entre vosotros, amados Diocesanos, católicos de *abolengo*, haya hombres tan profundamen-

te corrompidos, que hayan sacudido enteramente el yugo de la fé, desmintiendo la religiosidad tan acreditada de sus padres, y faltando á las solemnes promesas del bautismo. Podrán acaso la sorpresa, la debilidad, la inadvertencia y la falta de cautela en precaverse de los amaños de los apóstoles de la impiedad, haber alucinado á algunos y enredádoslos en los lazos tendidos diestramente por éstos, haciéndoles adoptar su lenguaje, y tal vez vacilar en su fé.

A nosotros toca, venerables Sacerdotes, desvanecer sus preocupaciones, hablándoles el dulce lenguaje de la verdad y de la caridad; y no dudemos que nuestro celo será muy eficaz para atraer los extraviados al recto camino, del que los habian desviado los partidarios del error. Estos mismos, por mas obstinados que se hallen, no podrán menos de respetar en su interior nuestro ministerio, cuando nos vean animados del deseo único de promover la gloria de Dios, propagar su reino entre los hombres, hacer guerra implacable al vicio y al error, amando sin embargo, y compadeciendo á los desgraciados pecadores, manifestándonos como el grande Apóstol (*Epístola á los Romanos cap. 1, v. 14*), deudores de nuestro ministerio á los sábios é ignorantes, y acomodándonos á cada uno en cuanto nos sea posible para ganarlos á todos. Acordémonos continua-

mente que somos ministros y vicarios del buen Pastor, que dió su vida por salvar á su mística grey, y que cargó sobre sus hombros la oveja perdida para restituirla al aprisco. Sobre nosotros pesa la mas estrecha obligacion de cuidar de las almas que nos ha encomendado el Príncipe de los pastores; y estemos seguros de que desempeñando con esmero esta importante tarea, recibiremos de su mano en la otra vida una corona inmarcesible.

Mas para cumplir este deber tan sagrado, preciso nos es atender á nosotros mismos, procurando santificarnos mas y mas, y mostrarnos en todo irreprehensibles para poder servir de ejemplares vivos de la ley que anunciamos á los pueblos que reciben nuestras lecciones. Preciso es tambien meditemos en el retiro las verdades de salud que estamos encargados de anunciar; que repasemos los libros santos y demas fuentes de la ciencia de la Religion y de la Moral, de que debemos ser depositarios, para que nuestros labios la derramen abundantemente sobre los fieles; y sobre todo nos es muy necesario levantar sin cesar nuestras manos y nuestros ojos hácia el cielo, hácia las santas montañas de donde nos ha de venir el socorro en nuestras necesidades, y la virtud para defender con valor los intereses de Dios. Si no empleásemos bien estos medios que reclama de nosotros el

santo ministerio que se nos ha confiado, si por nuestra ignorancia, nuestra debilidad ó por cualquiera omision se perdiesen algunas almas, seremos reos de su ruina, y el Señor en su formidable juicio las reclamará de nosotros.

Asi, debemos persuadirnos que la ciencia y la piedad son los verdaderos ornamentos de los ministros del Santuario, y á la adquisicion de una y otra, en cuanto nos sea posible, debemos consagrar todos nuestros esfuerzos: «la ciencia sin la virtud, decia S. Isidoro (*Homilía sobre el capítulo 5 de S. Mateo*), comunica al Sacerdote una arrogancia farisáica que desautoriza su persona y su ministerio; y la virtud sin la ciencia le hace inepto para el buen desempeño de sus funciones.» Os pedimos, pues, hermanos nuestros carísimos, que tengais siempre presentes los avisos que nos dá el Apóstol al describir, en sus cartas á sus queridos discípulos Tito y Timoteo, las cualidades de que debe estar adornado un verdadero ministro del Santuario. Os encargamos, sobre todo á los que teneis la cura de almas, el cumplimiento de las sábias disposiciones de los sagrados Cánones, y en particular del santo concilio de Trento, sobre la predicacion de la palabra divina, anunciándola con sencillez y uncion á vuestros feligreses, por cuyo medio conseguireis sin duda los mas abun-

dantes frutos en la santificacion de sus almas, reforma de sus costumbres, y extincion de los ódios y querellas tan opuestas al espíritu del cristianismo como á la paz y bienestar de los mismos.

Por fortuna tenemos noticias muy satisfactorias en esta parte: nos complace sobremanera el ventajoso concepto que en todos tiempos han gozado ese respetable Clero, y la distinguida escuela de virtud y de ciencia en que se ha formado. Nos procuraremos que la conserve en nuestros dias, correspondiendo como hasta aquí á los altos fines de su institucion; y aún trabajaremos para que los estudios filosóficos y teológicos reciban en nuestro Seminario mayor ensanche y perfeccion, si fuese posible, hasta ponerse al nivel de los mas célebres establecimientos de su clase, y á la altura que reclaman las necesidades de la época.

Estudiosos Seminaristas, vosotros sois por mil títulos el objeto privilegiado de nuestros cuidados y desvelos, sois la esperanza mas dulce de nuestro corazon.

Celosos Maestros y Directores, á vosotros recomendamos con todo encarecimiento la formacion de estas tiernas plantas. La Iglesia y la Pátria confian en vosotros, y esperan que las cultivareis con la mas exacta diligencia, como que de esto dependen el decoro del Santuario, la educacion religiosa de los pueblos y

la salvacion de las almas , rescatadas con la sangre de Jesucristo. ¡ Cuán gozoso será para Nos , ver á nuestros amados Seminaristas aplicados con ardor al estudio de la ciencia de la Religion y de sus auxiliares y preparatorias , y dedicarse al mismo tiempo con todo anhelo á la práctica de la virtud , haciendo progresos en la ciencia de los Santos , y estableciendo por base de todos sus conocimientos esa humildad cristiana , sin la cual la ciencia hincha y envanece en vez de edificar ! Les rogamos que tengan á la vista los ejemplos del Doctor Angélico y de todos los demas Padres y Doctores de la Iglesia , que uniendo la oracion al estudio , lograron alcanzar la sabiduría celestial , que inspira el amor á las virtudes.

No podemos menos de dirigir tambien nuestras amonestaciones á los Padres de familia , recordándoles la estrecha obligacion que tienen de educar cristianamente á sus hijos , para que sean á su tiempo dignos miembros de la Iglesia y de la Sociedad.

No ignorais , ¡ oh padres ! que por una consecuencia de la culpa primera , el hombre nace envuelto en las tinieblas de la ignorancia y con fuertes propensiones hácia el mal. Sinó se atiende prontamente á desenvolver su entendimiento , comunicándole sanas ideas , y

á formar su corazon inspirándole amor á la virtud y reprimiendo sus malas inclinaciones, es muy de temer que sea víctima desgraciada de las pasiones, sin que basten á corregirle todas las instrucciones que reciba mas adelante. Mas por el contrario, una buena educacion dada á su debido tiempo, colocará á vuestros hijos en el camino de la virtud aún antes de que sepan apreciar sus ventajas. Porque ¡cuánta fuerza tienen en tan tierna edad las insinuaciones amorosas de un padre y una madre, las lecciones de virtud enseñadas de viva voz y con el ejemplo! El ejemplo sí es, padres de familias, la leccion mas elocuente que les entra por la vista y se graba profundamente en su inteligencia y corazon. Os pedimos, pues, que mireis con el mas vivo interés este deber que os imponen la Religion y la naturaleza. Si lo miráseis con indiferencia, desconociendo la importancia de la educacion; si os olvidáseis que esos seres á quienes habeis dado la existencia han nacido para el cielo, y siendo vosotros los primeros maestros que la Providencia les depara, les dejáseis crecer en la ignorancia de las verdades eternas y de sus obligaciones morales; si lo que es aún mas horrible, les diéseis malos ejemplos, que hicieran germinar en sus almas frutos precoces de iniquidad, temed que la justicia Divina se valga de estos mismos hijos que habeis

esterilizado para la virtud, como de otros tantos azotes para castigaros y llenaros de afliccion y de oprobio. Velad pues ahora sobre este tesoro encomendado á vuestros cuidados. No permitais que sus inocentes ojos se mancillen con la vista de imágenes obscenas y acciones menos decentes; ni que sus oidos se habitúen á oir las voces de blasfemia, de maldicion, de impureza, que por desgracia son tan frecuentes entre nosotros. Apartadlos de las malas compañías, cuyo roce pervierte la mejor índole. Meditad sobre las palabras de nuestro divino Jesus (*S. Mateo cap. 18, v. 6*), «que al que escandalizase á uno de los pequeños le fuera mejor ser arrojado al mar con una rueda molar al cuello y sepultado en sus profundos abismos.»

Este mismo encargo hacemos muy encarecidamente á los Maestros de instruccion primaria, á esos mentores de la niñez, cuyo influjo es tan poderoso sobre la misma. Les rogamos que reflexionen seriamente sobre la responsabilidad que han contraido para con Dios y los hombres al aceptar su cargo. Por lo mismo que son tan duraderas las impresiones recibidas en la puericia, deben trabajar con empeño asídúo en inspirar á sus alumnos las nociones mas propias para excitar en ellos el amor á la virtud y el horror al vicio. Este es sin duda su principal deber;

pues por grande que sea la necesidad que los hombres tienen de aprender desde la tierna edad los rudimentos de las letras humanas, sin los que la mayor parte de ellos no podrian hacer un papel honroso en la Sociedad, ni contribuir al bienestar de la misma; sin embargo, esta necesidad es muy secundaria comparada con la que tiene todo cristiano de adquirir el conocimiento de las verdades de la Religion y de sus obligaciones morales, asi como de aficionarse desde los albores de su razon á la práctica de la virtud. Por cuya razon, aplaudiendo el esmero con que en nuestra época se va organizando este importante ramo de la enseñanza pública, ampliándose la enseñanza primaria con ciertos conocimientos útiles sin duda, y aún necesarios á la mayor parte de los niños, no creemos inoportuno llamar la atencion de los maestros sobre la preferencia que deben dar á la enseñanza de la doctrina cristiana, haciendo que sus alumnos la aprendan con tanta perfeccion y la graben con tanto gusto en la memoria, que sea para ellos el alimento mas delicioso de su inteligencia. Les encargamos ademas que no pongan en sus manos ningun libro que no tenga la competente aprobacion, á pesar de los elógios tal vez apasionados que suelen prodigarse con lijereza á las mas frívolas é insustanciales producciones.

No dudamos que cooperando los padres y maestros públicos con el sacerdocio á la recta educacion de la juventud, se lograrán los mas preciosos resultados en las nuevas generaciones, restableciéndose la piedad de nuestros mayores y la sencillez de costumbres, que tanto se han amortiguado á consecuencia de los trastornos públicos que desgraciadamente ha sufrido el pais.

Demasiadas son ya, amados hijos nuestros, para desgarrar nuestro corazon las revoluciones que en el espacio de medio siglo hemos visto sucederse con pasmosa rapidez, renaciendo de las cenizas de las unas, otras aún mas funestas, guerras exteriores, discordias intestinas, acompañadas de hambres, terremotos, pestes y calamidades de todo género que han caido sobre nosotros, manifestándonos de una manera sensible, que la ira de Dios pesa sobre esta nacion, en otro tiempo tan favorecida por su bondad, pero ingrata y desconocida á sus beneficios. Por eso ha derramado el Señor sobre ella la copa de su indignacion. Pero en medio de sus iras se traslucen sus misericordias; pues afligiéndonos temporalmente nos advierte, que nos ha sido muy amargo y costoso el haberle abandonado (*Profecía de Jeremías cap. 8, v. 19*), y nos excita á convertirnos de veras hácia él.

Entremos pues dentro de nosotros mismos, y

conozcamos nuestros verdaderos intereses. No os dejéis engañar, amados diocesanos, de los hombres mundanos y falsos políticos que os exhortan á colocar todo vuestro corazón en los bienes engañosos de la tierra, con menosprecio del temor de Dios: escuchad al Doctor de las gentes que nos instruye los terribles juicios de Dios que amenazan á los viles esclavos del amor del mundo, animados de ese espíritu de incredulidad é indiferentismo por los bienes eternos que caracteriza á los sensuales. «La ira de Dios nos dice, viene sobre los hijos de la incredulidad:» (*Carta á los Colossenses cap. 3, v. 6*) esto es: sobre los rebeldes á las verdades de la fé y á las leyes del Evangelio: sobre los blasfemos, maldicientes, perjuros y sacrílegos, sobre los hijos díscolos, y los padres desnaturalizados; sobre los golosos é intemperantes: sobre los iracundos, vengativos y deshonestos: sobre los usurpadores, ambiciosos é inhumanos: sobre el envidioso é infame calumniador, y sobre cuantos alimentan en su alma afectos criminales. Y ¿quién no temerá la ira del Omnipotente, que con una mirada hace temblar la tierra (*Salmo 103, v. 32*); con su voz seca el mar y asuela los collados (*Nahum cap. 1, vv. 4 y 5*), y cuyas órdenes obedecen el fuego y el granizo, la nieve, la helada

y el espíritu de las tempestades? (*Salmo 48, v. 8*). Horrenda cosa es caer en sus manos (*El Apóstol en su carta á los Hebreos, cap. 10, v. 31*): terrible será su enojo para los pecadores que abusen de su paciencia y longanimidad. Enmudezcan pues ante el Oráculo divino todas las máximas de la prudencia mundana; y si queremos evitar la ira de Dios en el tiempo y en la eternidad, depongamos toda malicia de nuestros corazones, y volvámonos á la senda recta que nos ha trazado nuestro divino Maestro. La Iglesia, nuestra Madre, nos convida amorosa con sus gracias, y nos presenta abiertas las fuentes de la salud en donde podemos purificarnos de toda mancha de pecado. Oremos pues con fervor, lloremos nuestras culpas delante de Dios, y dirijámosle con humilde acento el grito de dolor de su antiguo pueblo (*Libro 3.º de los Reyes cap. 8, v. 47*), « hemos pecado, Señor, y obrado inicualemente apartándonos de vuestra ley;» mas ahora reconocidos imploramos vuestras misericordias con la confianza de no quedar confundidos. Si así lo hiciésemos, el Dios de las misericordias se apiadará de nosotros, hará cesar nuestros males; y conoceremos por experiencia cuán suave es (*Salmo 33, v. 9*), cuán benigno y pronto para conceder el perdón.

Redoblad vuestras oraciones con este santo objeto,

:

esposas venturosas de Jesucristo, porcion predilecta de nuestra grey. Elevad al Cielo los ardientes gemidos de vuestro corazon casto, enardecido por el amor de Dios, y pedidle con Nos que por las entrañas de su misericordia, y mediante la poderosa intercesion de la santísima Vírgen y de nuestros santos Patronos, mire con ojos benignos á esta dilatada Diócesis, para que florezcan en ella las virtudes cristianas, y se destierren las abominaciones que tanto irritan la cólera del Cielo. Confiamos mucho en vuestras oraciones, amadas hijas nuestras en Jesucristo, porque sabemos bien por nuestro libros santos, cuánta es la virtud y eficacia de las oraciones de los justos, para desarmar el brazo de la divina justicia, y atraer sus bendiciones sobre los pueblos mas pervertidos. Y ¿quién mas á propósito para dirigir puras y fervientes oraciones al Altísimo que vosotras, apartadas del contagio del siglo, y entregadas en vuestros santos retiros á la meditacion de las verdades eternas?

Pedidle pues por Nos, vuestro Obispo, que nos conceda las gracias de que tanto necesitamos para desempeñar con acierto nuestro ministerio. Orad por nuestros dignos colaboradores, para que cada cual cumpla con exactitud sus funciones: orad por todos nuestros diocesanos, para que dó-

ciles á la voz de sus pastores, observen con fidelidad los mandamientos de Dios y de la Iglesia: orad para que la caridad divina una nuestros corazones, y vivamos en la mas cordial y recíproca comunicacion: orad en fin, y oremos sin cesar todos por las necesidades de la santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, de que somos hijos por una gracia singular de Dios; oremos por su Cabeza visible y supremo Pastor, nuestro santísimo Padre el Papa Pio IX; oremos tambien por nuestros católicos Monarcas, nuestra augusta Princesa y Real familia y por la prosperidad y grandeza de la monarquía Española.

Quiera el Cielo escuchar benigno nuestras fervorosas súplicas y dispensarnos su proteccion, á fin de que esta grande y heróica Nacion, recobre á la sombra de la Religion su antiguo esplendor y grandeza, y para que renazcan entre nosotros la paz y la concordia, que son frutos preciosos de la fé que obra por la caridad. De este modo gozaremos por ahora de la dicha que puede alcanzarse en medio de las amarguras de nuestro destierro, y lograremos al fin de la vida la bienaventuranza completa en el reino de los cielos.

Tales son los votos que hacemos al Señor de lo íntimo de nuestro corazon y con toda la efusion de

nuestra alma ; con la misma os damos nuestra ben-
dicion pastoral en el nombre del Padre , y del Hijo y
del Espiritu Santo. Amen.

Zamora 30 de Abril , dia de nuestra Consagracion.

Gerónimo Obispo de Palencia.

Por mandado de S. S. I.

Gaspar Arribas,
Presbítero Secretario.



Se leerá en los tres primeros dias de fiesta al ofertorio de la misa conventual.

UVA. BHSC. LEG. 11-2 n°0883